

evocaciones

FEDERICO DE ONIS

Por Francisco AYALA

La trayectoria vital de don Federico de Onís puede verse me parece a mí— un claro ejemplo de ese común fenómeno que, casi con entera regularidad, se repite en las sucesivas generaciones literarias e intelectuales en general: durante la fase inicial de su actuación pública, el grupo de edad establece entre sus miembros, mediante apreciaciones recíprocas, un cuadro de valores que, retrospectivamente, resulta muy distinto del balance definitivo. Nombres de muy alta cotización en los comienzos, deslumbrantes prestigios juveniles, quedan a la postre oscurecidos, olvidados, mientras que acaso algún otro tenido en aquel entonces por secundario, viene a figurar, a final de cuentas, entre los más ilustres y representativos del conjunto. ¿Cómo es posible —se pregunta con asombro desde esta perspectiva de lo ya consumado el observador que considera los primeros pasos de un grupo generacional—, cómo se entiende que tal o cual personalidad cuya obra ha venido a ser insignificante o aun nula, fuera a los ojos de sus compañeros juveniles una luminaria, una autoridad incontestable? El crédito abierto a su nombre ha sido defraudado; pero la cuestión es ¿por qué se le abrió un crédito tan extraordinario? ¿Por qué se le otorgaron unas expectativas de tan amplio margen? La respuesta puede tal vez encontrarse en cualidades de encanto personal, en virtudes del trato humano; o tal vez en la profecía de algún maestro que creyó conveniente singularizarlo entre sus pares como la gran promesa del grupo; o tal vez en cualidades y capacidades que efectivamente poseyera y que, por una causa u otra, él mismo dejó de cultivar y quedaron estériles.

Reflexiones semejantes acerca de algo que, como digo, se repite en las generaciones sucesivas y del que podrían aducirse casos numerosos, me las he hecho en más de una ocasión ante la figura singularísima de don Federico de Onís, un hombre a quien he tratado y estimado mucho, y cuyo carácter, a primera vista pintoresco, era, sin embargo, de una complejidad misteriosa y, sin duda, nada superficial.

Poco era lo que sabía yo de él, en concreto, cuando por primera vez le conocí. Sabía que era un profesor muy influyente en Estados Unidos, donde dirigía el departamento de Literatura Española de la Columbia University, y autor de una controvertida antología de poesía española e hispanoamericana; y poco más era lo que sabía de él. Nuestro primer encuentro tuvo lugar en Buenos Aires por la década de 1940, cuando llegó allí invitado a dar un par de conferencias. Entré en contacto con él a través de Victoria Ocampo, de quien Federico y su mujer eran amigos. El ambiente intelectual de Buenos Aires era (quizá debiera decir: «era todavía») por aquellos años refinado y estimulante en grado sumo. Había no sólo curiosidad, sino verdadera avidez por cuanto se relacionara con las artes y las letras. Anunciadas las conferencias de don Federico, la sala donde habían de darse, enorme, rebotaba de gente: ocupados todos los asientos, el público se aglomera todavía en los pasillos y fuera de las puertas. La primera de las conferencias —lo recuerdo bien— versaba sobre Unamuno, de quien el conferenciante había sido alumno, y por cierto alumno muy distin-

guido. Pero lo que ahora exponía chocó a los oyentes, tanto por la pobreza del contenido como por el tono, que parecía combinar lo chabacano con lo histriónico. La reacción indignada de algunos no impidió al término los obligados aplausos de la cortesía.

La conferencia siguiente debía tratar acerca de la literatura americana, es decir —como en seguida se vio—, de la caracterización, en bloque, de la literatura producida en el Nuevo Mundo a diferencia de la literatura europea y en contraste con ella. Las ideas en que se basaba eran demasiado conocidas y nada respetadas por aquel público; según ellas, la literatura es un producto del medio geográfico, y siendo el continente americano una geografía nueva y diferente de la europea había hecho brotar una literatura heterogénea respecto de ésta, y con rasgos comunes desde el Norte hasta el Sur. No se la podía entender ni juzgar según los módulos aplicables a la literatura europea...

Al término de la conferencia estaba prevista una reunión en el local de la revista «Sur», donde, en una atmósfera menos pública y entre profesionales de las letras, había de mantenerse un coloquio con Onís sobre el tema recién tratado por él. Como en tales casos suele ocurrir, no se animaba nadie a romper el fuego (o el hielo), y Victoria Ocampo me pidió a mí que abriera la discusión. Lo hice diciéndole a don Federico que me había parecido deducir de sus palabras, aunque quizá me equivocaba, que según él toda la literatura escrita en ese continente donde estábamos ahora (y especificué: tanto la de lengua española como la de lengua portuguesa, inglesa o francesa; lo mismo en los trópicos que en las pampas o en las alturas andinas) presentaba caracteres comunes y debía valorarse mediante pautas peculiares a ella. Declaro que lo hice con buena intención: lo que pretendía yo era darle la oportunidad de presentar matizaciones susceptibles de ser discutidas en términos razonables. En lugar de eso, nuestro hombre, que no había percibido la actitud de reserva con que su conferencia fuera acogida, se lanzó, embalado y categórico, a reafirmar el disparate con gestos contundentes y afirmaciones perentorias, en un estilo que, según más tarde comprobaría yo, constituía la retórica habitual de sus clases. Cuando hubo terminado su perorata, fue el poeta Eduardo González Lanuza quien le dio respuesta. «¡Primera vez en mi vida —exclamó— que oigo decir que las categorías del conocimiento y las apreciaciones críticas varían con los meridianos geográficos!» Y siguió por ese camino, ya sin contemplaciones.

Don Federico, que era inteligentísimo, se dio cuenta en seguida de por dónde iban los tiros, y se puso a hablar por lo bajo con la persona que tenía al lado, escurriendo así el bulto, mientras que yo, por mi parte, le echaba un capote haciéndole a Lanuza algunas observaciones en alta voz, un poco a la manera de abogado del diablo. Claro está que no hubo discusión ninguna; no podía haberla. La reunión se dividió en grupitos, tomamos unas copas de jerez, y de allí salimos para ir a comer no sé dónde, según estaba programado.

Mi perplejidad fue grande. De que Onís era persona de talento, no me cabía duda ninguna; y no sólo persona de talento, sino hombre listísimo. ¿Y cómo, siéndolo, no había compulsado la validez de aquella idea mostrenca y trasnochada antes de aventurarse a largarla, impávido, ante un público del que hubiera debido tener noticia de que no era nada ingenuo?

FEDERICO DE ONIS

II

Por Francisco AYALA

PASADOS los años, no demasiados por cierto, cuando pude conocer más de cerca y mejor a don Federico de Onís, ya en Nueva York, y, sobre todo en Puerto Rico, creí haber dado con una explicación válida para aquella su extraña falta de tino durante la visita que había hecho a Buenos Aires en la ocasión de nuestro primer encuentro. Onís había formado parte en su juventud de una promoción de estudiosos que llegaba a la vida española en una hora de granazón espiritual. Eran los hijos del 98 (según quedó apuntado antes, él mismo, salmantino, fue alumno de Unamuno, y muy bien considerado por éste: lo testimonia, entre otras cosas, una magnífica fotografía donde ambos se retrataron juntos). Pertenecía, pues, a la generación de Ortega y Gasset; a la que Eugenio d'Ors llamaría novecentista. En la fase precoz de actuación de ese grupo, el propio Ortega, que reaccionó con energía suma contra Unamuno, estimaba como maestro suyo a Ramiro de Maeztu, hasta el punto de dedicarle su primer libro, las *Meditaciones del Quijote*, dedicatoria que desaparecería en ediciones ulteriores. Maeztu gozaba por aquellos años de una preeminencia que no pudo mantener en lo sucesivo: dentro del cuadro de las valoraciones hoy vigentes respecto de la generación del 98, su nombre no pasa de ser el de una figura de escaso relieve. En cuanto a Federico de Onís, también gozó en su momento de un gran prestigio. Catedrático por oposición en la Universidad de Oviedo y, en seguida, en la de Salamanca, había publicado en colaboración con Américo Castro los *Fueros de León*, y sus ediciones críticas en la colección de *Clásicos Castellanos* le daban firme autoridad. En cuanto a la conferencia que en 1915 pronunciara en la Residencia de Estudiantes sobre «Disciplina y rebeldía», fue, parece, un acontecimiento intelectual. En fin, recomendado para dirigir los estudios hispánicos en la Columbia University, ese mismo año se trasladó, a los treinta de su edad, a los Estados Unidos. Ahí permanecería ya hasta la fecha de su jubilación, y ahí volví a encontrarme con él cuando, en el invierno de 1951, fui desde Puerto Rico a pasar en Nueva York mis vacaciones de Navidad.

En los medios universitarios, don Federico tenía fama de hombre arbitrario, áspero e intratable. Arbitrario, lo sería; pero en cuanto a lo demás, para mí fue, entonces y siempre, de una gran bondad y exquisita delicadeza de trato. Esa fama provenía, sin duda, de la figura que él mismo se había compuesto, de la máscara asumida frente al mundo ajeno donde tenía que actuar y moverse. En virtud de ella, don Federico de Onís había llegado a ser un verdadero carácter, en la acepción de pintoresca extravagancia que esta palabra toma a veces en la lengua inglesa. Para empezar, por efecto de su apariencia física, tan diferente de la que convencionalmente se espera en un profesor de Universidad. Don Federico se había «caracterizado» de español castizo. Quien de improviso y sin otra noticia le echase la vista

encima, podría haber pensado que, en pleno Broadway, tenía ante los ojos a un pardillo de tierra adentro, salmantino, o zamorano, o magragato. Y no sólo a juzgar por la vestimenta y el modo de llevarla: era todo, era el corte de pelo, era la gesticulación, era las inflexiones de la voz y las modalidades expresivas, y era, sobre todo, las cosas que decía. Sin duda, su empeño había sido desde el comienzo proyectar ante sus estudiantes americanos una imagen de «lo español» fuertemente estilizada. Y tal imagen correspondía, simplificada y plástica, a la que se habían fraguado sus maestros, los escritores del 98, y en particular Unamuno, quien ya a su vez había adoptado una actitud y un atuendo de paleta, más que de provinciano para construir su propio personaje.

Mal podrían adivinar los estudiantes de la Columbia University que su profesor de Literatura Española era descendiente de una familia muy distinguida (un antepasado de don Federico fue embajador del Rey de España ante el Gobierno de Estados Unidos), ya que nuestro hombre encarnaba como un actor en la escena académica la estampa del español anónimo de la Intrahistoria, del palurdo irreductible y genial, y así quería ser representación viva de la España ancestral y eterna.

Y es seguro que ese actor disfrutaba desempeñando tal papel ante un público inocente y nada crítico con quien podía permitirse exagerar hasta lo grotesco los presuntos rasgos peculiares de la cultura hispana. Sus alumnos le oírían, abiertos los ojos como platos, afirmar, por ejemplo, que los españoles duermen vestidos sobre los poyos de piedra o mampostería que rodean al hogar en la cocina, y sólo para morirse van a la cama; o que en España a los niños chiquitos no se les quita esa costra que suele formarseles en el cuero cabelludo. Yo mismo nunca le escuché esas cosas u otras muchas por el estilo que se le atribuían, pero sí lo oí más de una vez entonar a voz en cuello las canciones aldeanas recogidas por los folkloristas, que habían difundido con entusiasmo quienes se extasiaban con la cultura popular.

En fin, el personaje construido había terminado por absorber a la persona, y en un ambiente donde, por así decirlo, todo el monte era orégano, sin crítica, sin el estímulo de la competencia y del intercambio intelectual, aquel joven que brillaba como una promesa segura, quedó estancado en su desarrollo intelectual, y dejó incumplida su promesa.

Por razones de orden familiar e íntimo, don Federico se había abstenido de visitar periódicamente España, como solían y suelen hacer otros profesores cuya cátedra está en Universidades extranjeras; y al no reanudar tampoco en esta forma esporádica sus contactos directos con la realidad viva de la cultura hispánica fue haciéndose cada vez más irreparable su desconexión; lo cual explicaría, siquiera en parte, el fiasco de su viaje de conferencias a la Argentina, donde, aparte esta actividad, el matrimonio Onís recibió atenciones y agasajos bien merecidos, encontrando una fuente de placer en los aspectos del folklore argentino que con ocasión de tales agasajos pudo comparar y homologar con el de su originaria Península Ibérica.

EVOCAIONES

FEDERICO DE ONIS y III

Por Francisco AYALA

POCO tiempo después de mi reencuentro con Onís en Nueva York, don Federico se jubilaba de su cátedra en la Columbia University y aceptaría un puesto en la Universidad de Puerto Rico, donde ya enseñara en época anterior y donde a la sazón era profesor yo. Como para aquellas fechas mi hija había empezado sus estudios de Arquitectura en la misma Universidad de Columbia, hicimos un arreglo por el que los Onís le cedían su apartamento neoyorquino al trasladarse ellos a Puerto Rico. Ahí entablamos ahora un trato muy amistoso, de frecuentación diaria, que había de permitirme conocer a fondo las cualidades excelentes de hombre tan excepcional. Por debajo de sus singulares rasgos de carácter asomaba siempre y se dejaba ver la persona bondadosa e inteligente, con una inesperada vena de honda ternura bajo la apariencia ruda, que era don Francisco de Onís.

Difícil resultaría para quien no haya conocido por experiencia el Puerto Rico de aquellos años imaginarse la atmósfera espiritual tan estimulante que por entonces envolvía a la isla, lanzada desde su inveterada atonía rural a un desarrollo económico del que sería instrumento una nueva clase media nativa, formada en las aulas de su Universidad. Al frente de esta obra de promoción social se hallaba Jaime Benítez, un espíritu abierto, generoso y entusiasta, quien, contra la inevitable inercia de la mezquindad —más que nacionalista, aldeana—, estaba empeñado en atraer hacia la Universidad de Puerto Rico a cuantas capacidades procedentes de Europa, pero sobre todo de España y de Hispanoamérica, se encontraran disponibles, gracias a las perturbaciones de la década anterior. Yo pienso que para don Federico, acostumbrado a ejercer la monarquía en su cátedra neoyorquina, debió de constituir novedad notable el tener que adaptarse a convivir ahora, a la vejez, en un plano de amistosa y cordial igualdad, con un grupo relativamente amplio —pequeña república de las letras— de muy diversas personalidades intelectuales. Ahí las aserciones perentorias y, con mucha frecuencia, arbitrarias o absurdas, que constituían el estilo de don Federico resultaban inofensivas, puesto que no solía ir envuelta en ellas ninguna cuestión que comprometiera intereses personales. Las discusiones eran, pues, inconsecuentes y nunca llegaban a agriarse, ni las diferencias dejaban irritación permanente: Pronto quedaban olvidadas, o si se recordaban era sólo como materia de risueño humor. No se me olvidará, por ejemplo, una enconada porfía en que Onís pretendía instruir a una señora valenciana acerca de los ingredientes que una paella debe o no debe llevar... Menos inocua fue una casi trifulca con varios de los españoles que habían tomado parte activa en la guerra civil y a quienes él, ausente de España desde hacía siglos y enterado de los acontecimientos a través de los periódicos, insistía en explicarles lo que había ocurrido en esa guerra. Pero, a final de cuentas, nadie le tomaba a mal sus genialidades y todo el mundo le quería mucho.

Una de las más destacadas personalidades que en aquellos años restando allí recibiría el premio Nobel, y que allí, en la isla llamada

por él de la simpatía, había de terminar su vida. El autor de *Arias* clutó la Universidad de Puerto Rico era Juan Ramón Jiménez, que tristes había sido invitado, no como profesor, sino más bien para que residiera en el «campus» universitario como un lujoso adorno, por razones de prestigio; pero él pidió enseñar dos cursos, en los que invariablemente repetía la idea única que tenía él sobre el modernismo. Juan Ramón y Onís eran amigos de tiempo atrás. Amistad improbable, arriesgada, llena de cautelas y reservas, entre dos seres de carácter tan distinto. ¿Cómo podía conjugarse la pretendida rudeza castellana del uno con la no menos pretendida sensibilidad hiperestésica de aquella alma de violeta que era el poeta de Moguer? Se trataban con atenta circunspección y aprensiva cordialidad. Diría yo que sabían muy bien llevarse el aire el uno al otro.

Cierto día quiso don Federico visitar, como un acto de deferencia, la clase que Juan Ramón estaba dictando, y los estudiantes le vieron irrumpir en el aula justo cuando el maestro estaba aplicado a demoler con feroz crítica la tan mentada y comentada antología poética de Onís. Al hacer acto de presencia éste, el orador se interrumpió y, tras brevisima pausa, dijo: «En buena oportunidad llega usted, Federico. Precisamente en estos momentos hablábamos de usted.» Ignoro si el interpelado advertiría las sonrisas maliciosas que brotaron de la cara de los oyentes.

Otra vez fue Juan Ramón a devolverle la cortesía a su amigo, ocupando un asiento de primera fila en una charla o conferencia que daba Onís; quien, embarcado en una de sus erráticas divagaciones, empezó a proclamar con el enérgico énfasis de costumbre su radical españolismo (cuando la cosa venía al pelo, sostenía por lo contrario: *I am American one hundred per cent*, pues se había naturalizado en Estados Unidos y decía que el verdadero ciudadano es el que lo es por su voluntad y no por accidente; que la esencia de la americanidad reside en el espíritu de la inmigración, etc.); pero, en fin, esta vez vociferaba: «Porque yo soy más español que nadie.» A lo cual, y como respuesta, Juan Ramón Jiménez extrajo del bolsillo su propio pasaporte español y se puso a campanearlo ante sus narices...

Muchas anécdotas como éstas se referían con simpático regocijo en el «campus» de Río Piedras.

¡Pobre don Federico! Su memoria despierta en mí un mundo perdido. Yo pasé a enseñar en Universidades norteamericanas y él siguió en Puerto Rico, donde se había comprado una hermosa casa-quinta. Años más tarde supe de su muerte: Jaime Benítez me contaría los detalles. Según se colige, Onís debió sentir en un momento dado señales de declinación física o mental y, no queriendo aceptar las miserias de la senilidad, tomó una fuerte dosis de drogas narcóticas. Le llevaron al hospital en estado comatoso. Varios días estuvo entre la vida y la muerte. Cuando se hubo recuperado lo bastante para que le dieran de alta, y de nuevo se vio en casa, se encerró en su despacho, confiando a una pildora de plomo la tarea que no habían logrado cumplir las de la farmacia. Era una figura de cuerpo entero: todo un carácter.